

## LA ARGENTINA Y ORTEGA

Por HUGO E. BIAGINI

Puede admitirse que las concepciones europeas tuvieron un relieve prominente en la configuración de la Argentina intelectual moderna, más allá de las encontradas valoraciones sobre el particular, del sentido positivo o negativo que se le atribuye a tales influencias.

Dicha transculturación ideológica en el siglo pasado se realizó principalmente a través de la letra impresa y por medio de los ocasionales contactos interpersonales que permitían los viajes de nuestro sector ilustrado al exterior o gracias a la creciente presencia de los extranjeros que por distintos motivos arribaban a las cosmopolitas orillas del Plata.

Así, durante ese lapso se refugiaron, por ejemplo, entre nosotros destacados profesores y científicos oriundos de Francia, nación que ejerció una gravitación predominante como modelo para nuestra cultura oficial decimonónica.

Si nos trasladamos a esta centuria veremos que en ella se multiplicó el tránsito de la *intelligentzia* europea por el territorio argentino.

Ni bien despuntan las primeras décadas del siglo harán sentir su paso en nuestros medios académicos, de modo esporádico o definitivo, intelectuales de diversas orientaciones y procedencias. Algunos de ellos no pudieron sustraerse a la propensión de consignar las impresiones que suscita un país desconocido. Nuestros invitados de ultramar se encontraron entonces con una Argentina de contornos irresistibles, que parecía sujeta a una pujante prosperidad, a un destino asegurado de grandezas.

Entre los disertantes foráneos más o menos ilustres y que se intercsaron vivamente por nosotros se encuentra José Ortega y Gasset. Este llegó por vez primera a la República Argentina en 1916, cuando aquí ya se estaba gestando una actitud más favorable hacia España que la que predominó en el siglo pasado. Nuestra Madre Patria había sido jaqueada por Estados Unidos —nue-

va potencia imperial— y mostraba ahora una sensible renovación cultural a través de la generación de 1898 o de la Institución Libre de Enseñanza.

Justamente en el mismo año en que Ortega apenas si alcanzaba a divisar estas playas promisorias, José Ingenieros, otro exponente de la inmigración, se hallaba desarrollando un curso acerca de la filosofía española, en el cual ponía de relieve la mencionada renovación que tenía lugar en nuestra antigua metrópoli.

Para esa época también se había fundado la Institución Cultural Española, que auspició en la universidad porteña la creación de la cátedra de Cultura Hispánica; cátedra que ocuparía el propio Ortega, a poco de haber sido inaugurada por don Ramón Menéndez Pidal.

La visita inicial de Ortega, titular de Metafísica en la Universidad de Madrid, produciría un remozamiento fundamental en los incipientes estudios filosóficos argentinos. Aquél había abrevado directamente en las fuentes germánicas, asistiendo en Marburgo al floreciente neokantismo —pilotado por Cohen, Natorp y Cassirer—, pero apartándose de esa escuela para volcarse con preferencia a la fenomenología husserliana, cuya carta de ciudadanía se suele aducir que Ortega introdujo entre nosotros.

Al salir de España, Ortega confesó los propósitos primordiales que guiaban su itinerario argentino:

«Voy a dar un curso sobre los problemas más actuales de la filosofía. Quisiera presentar el panorama de las investigaciones filosóficas según éstas se hallaban en el momento en que la guerra vino a interrumpirlas. Intentaré transmitir una impresión de la fecunda renovación en que la filosofía ha entrado. Haré notar en este ciclo que para la filosofía la fecha de 1899 significa un pasado absoluto.

Pero yo creo que la Universidad tiene además como misión la de transmitir la conciencia del clasicismo. El pasado, como pasado, tiene en la ciencia un oficio ejemplar. La intimidad con lo clásico separa, en ciencia, la seriedad del diletantismo. Por eso dedicaré otro ciclo de lecciones a leer y comentar algunos trozos inmortales de la *Crítica de la razón pura*» (1).

La prédica orteguiana se puso también al servicio de un objetivo polémico: combatir las tendencias positivistas y científicistas que todavía regían

---

(1) Citado en «El curso de Don José Ortega y Gasset (1916)», en *Anales de la Institución Cultural Española*, Buenos Aires, 1912-1920, t. I, 1947, pág. 153. Este trabajo contiene abundante información sobre el particular; véanse págs. 149-208.

en nuestros claustros y a las cuales no dejaría de censurar en sus conferencias, invocando una «nueva sensibilidad» novecentista:

«En los últimos años, del positivismo del siglo XIX no ha quedado nada. Este es un hecho del que parece no haberse dado cuenta todavía la juventud argentina. También nos aleja de este siglo la enfermedad del utilitarismo. La utilidad tiene un valor, pero como único valor es absurda. Y es que la cultura del siglo XIX fue cultura de medios; se olvidaron los hombres en este siglo de los fines, de las postrimerías. La cultura de ahora, en cambio, es cultura de últimas verdades. Así, el darwinismo, que quería explicar la vida como una adaptación al medio, tuvo que limitarse a explicar los organismos» (2).

En función de esa puja antipositivista, Ortega aludió a las razones que, para él, explicaban el regreso a las doctrinas idealistas del pretérito:

«Hacia 1860 y 1870 empieza a aparecer frente al positivismo, que en verdad no es una filosofía, una nueva filosofía..., que mira hacia atrás... ¿Qué significa esta vuelta a Kant, a Fichte, a Hegel? Señores, muy sencillo: como se había olvidado el hombre de la filosofía, como no sabía nada de la filosofía, tuvo que ir a la escuela de los grandes maestros..., de los clásicos de la filosofía para aprender bajo su disciplina en qué consiste el problema filosófico» (3).

Hace casi ochenta años, en las viejas aulas de la calle Viamonte, el joven Ortega inició su ciclo de diez lecciones bajo un común denominador: «Introducción a los problemas actuales de la filosofía». Allí se ocupó de distintas cuestiones de orden epistemológico, axiológico, estético y psicológico.

Además de referirse al neokantismo y al behaviorismo, entre los autores contemporáneos que manejó entonces Ortega, sin dejar de esbozar su propio sistema personal, figuran nombres provenientes de distintos campos del saber: Cantor, Dedekind, Brentano, Driesch, Husserl, Meinong, Lorentz, Minkowski y Einstein, los cuales resultaban prácticamente ignorados en nuestros ámbitos culturales.

Fuera de ese curso público, seguido por un auditorio desbordante que

---

(2) «La nueva sensibilidad», en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, enero 1917, pág. 149.

(3) «Introducción a los problemas actuales de la filosofía», en *Revista de Filosofía*, núm. 17, La Plata, pág. 90.

requirió del auxilio policial (4), Ortega consagró un seminario restringido al examen del pensamiento de Inmanuel Kant.

Al clausurarse el vertiginoso ciclo impartido por Ortega en la Facultad de Filosofía y Letras, el decano Rodolfo Rivarola evaluó sus resultados y arriesgó una profecía, bastante acertada, sobre la repercusión de su colega español en la Argentina del porvenir:

«Hondos problemas actuales e inmediatos nos reclaman... mayor intensidad de cultura filosófica. En este punto de partida de una etapa histórica, debemos a Ortega y Gasset el haber estimulado el interés por la filosofía, como no ocurrió jamás, antes de ahora, en nuestra tierra.

Las agradables horas que pasamos admirándole serán fecundas, de toda fecundidad y provecho, en el futuro. Quedará él, por este motivo, vinculado a este país mucho más de lo que podemos creer en este instante» (5).

Asimismo, Ortega, que ya había colaborado fugazmente en el diario *La Prensa* y después lo seguiría haciendo durante treinta años en *La Nación*, habló varias veces en Buenos Aires fuera del recinto universitario y disertó en distintas ciudades del interior (Mendoza, Tucumán, Córdoba, Rosario, La Plata).

Si la agitación inicial ante la presencia de Ortega resultó hartamente inusitada, para su segunda visita al país en 1928, aquél, con una obra más densa, sería recibido como una figura altamente consagrada, aunque algunos intelectuales argentinos pondrían en duda su profundidad o su espíritu sistemático y revolucionario.

Coriolano Alberini, que gastaba pocos elogios, sobre todo cuando se refería a los positivistas, no vaciló en anunciar a Ortega como el intelectual extranjero que «ha logrado dejar más cálidas resonancias en el corazón argentino» e inclusive como al pensador viviente de mayor «sensibilidad mental»,

(4) Desde una posición antagónica, no dejó de reflejarse la atmósfera que imperaba en las presentaciones de Ortega: «A las conferencias de dicho catedrático acuden, por centenares, ciudadanos de torva mirada y ceño adusto, que, al pronto, sugieren la convicción de estar decididos a todo. Son patósofos. Pues bien, el lector no puede formarse idea de lo que allí sucedió... Aquello fue un verdadero campo de Agramante. Daba escalofríos ver a esos filósofos luchando a brazo partido con las fuerzas policiales, que no querían dejarlos entrar porque no había sitio» (M. E. CALANDRELLI: «De Salamanca a Córdoba», en *La Nota*, año II, núm. 57, Buenos Aires, 9 septiembre 1916, pág. 1122).

(5) *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, noviembre de 1916, págs. 462-463.

insuperable «en el diálogo filosófico» y «en la aguda percepción del punto dramático de la filosofía contemporánea» («ajetreada por el afán de suscitar la trascendencia en el seno mismo de la inmanencia») (6).

En esta nueva ocasión, con una Argentina considerablemente ganada por el sufragio universal y con un gobierno de corte popular, Ortega fue invitado a visitar otra vez el país por la Asociación de Amigos del Arte, en cuyas aristocráticas instalaciones y bajo el atractivo título de «Introducción al presente», aquél adelantaría, entre otras ideas suyas, lo que conceptuaba, no con buenos ojos, como el acontecimiento más significativo del siglo xx: la rebelión de las masas.

Once años más tarde, el último anclaje de Ortega en la Argentina nos muestra un perfil político suyo algo distinto al que insinuó durante su visita precedente.

Mientras en la anterior oportunidad Ortega se había negado a que lo recibiera el entonces embajador español en la Argentina, Ramiro de Maeztu, por haberse adherido éste a la dictadura de Primo de Rivera, en el Buenos Aires de 1939 se escuchó al primero dar sus votos de complacencia por Mussolini, al cual habría definido como un estadista que «une al valor del león la sagacidad de la vulpeja» (7).

Ortega, que no era un ferviente demócrata y llegó a sentirse atraído por el totalitarismo —como lo insinuara al final de su *Rebelión*—, se despreocupó por el derrocamiento de la República española, a la que él mismo había respaldado originalmente y desde cuya Radio Madrid transmitiera en 1935 un mensaje a nuestra ciudad capital, donde advertía que «la historia está llena hasta los bordes de guerra».

Un episodio sugestivo pero escasamente comentado durante su última estancia entre nosotros fue la ruptura parcial de Ortega con la revista *Sur*, que él mismo contribuyera a fundar. Las críticas de este órgano liberal al tradicionalismo hispanófilo en que se había embarcado otra revista argentina —*Sol y Luna*— indujo a Ortega a pedir que se retirase su nombre del comité consultivo de *Sur*, publicación a la cual muchos han ligado estrechamente sin más la figura del pensador español.

Además del importante ciclo en torno al hombre y la gente profesado en Amigos del Arte, entre las actividades públicas que desplegó Ortega du-

---

(6) C. ALBERINI: *Escritos de filosofía de la educación y pedagogía*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1973, págs. 254-259. Para más datos, cfr. «Segundo viaje a la Argentina de don José Ortega y Gasset», en *Anales de la Institución Cultural Española (1926-1930)*, t. 3, segunda parte, 1953, págs. 185-248.

(7) Mencionado por PATRICIO CANTO en *El caso Ortega y Gasset*, Buenos Aires, Leviatán, 1958, pág. 108.

rante su prolongada pero menos exitosa escala final entre nosotros se destaca el cursillo sobre «La razón histórica» que aquél dictara en la Facultad de Filosofía y Letras a fines de 1940 y que permaneció inédito hasta hace poco tiempo atrás (8).

Allí retomaba algunas tesis formuladas durante su primera visita a la Argentina, especialmente la idea acerca de la crisis integral del hombre, cuya desconcertante condición se le asemejaba a Ortega a «una flecha que hubiera en el aire olvidado su blanco» (9). En ese curso se proclama como «nuevo principio», como realidad por excelencia, a la razón vital, mientras se reinterpreta un célebre adagio latino: «La teoría tiene su comienzo y raíces esenciales en la vida..., pero, a la vez, no se puede *vivir* sin teorizar..., sin construirse una orientación sobre ese elemento... que llamamos 'mundo en el cual se existe'» (10).

Ortega se mostraba por entonces inclinado a entronizar la filosofía, minimizando el papel de la ciencia, el hombre común, la opinión pública y la política. A esta última, si bien la había caracterizado hacia 1931, al referirse a un proyecto constitucional, como un poder misterioso e instintivo que todo lo penetra, durante su prolongado abstencionismo posterior llegaría a ser para él algo fundamentalmente negativo y secundario, ajeno a los intereses y obligaciones del auténtico pensador, quien debe imponerse una «retirada de las alturas sociales» y replegarse dentro de sí mismo, como vuelve a insistir en el trabajo «Apuntes sobre el pensamiento», publicado en 1941 por la revista *Logos* de dicha casa de estudios.

Una apreciación de José Gaos quizá permita comprender mejor a su maestro, del cual llegó a asegurar que «le faltó paciencia histórica..., capacidad de... comulgar con los más...» (11).

Cabe preguntarse, más raigalmente, si la misma noción orteguiana de vida, al soslayar hasta lo biológico y al describir al hombre como carente de naturaleza, no parece a la postre deshacer a éste en una plasticidad angelical. Merecen más fácil reparo algunos excesos de inmodestia cometidos por el autor, cuando declara haber abordado antes que nadie, durante su primer estancia en Buenos Aires, los «grandes temas» que informarían luego a la

(8) Publicado por Paulino Garagorri con el nombre *Sobre la razón histórica*, Madrid, Revista de Occidente, 1979.

(9) *Ibid.*, pág. 17.

(10) *Ibid.*, pág. 67.

(11) *Sobre Ortega y Gasset*, México, Imprenta Universitaria, 1957, pág. 137. Una síntesis crítica de la posición orteguiana frente a lo político en nuestro artículo «Revalorización del pensamiento y la actividad política», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 19 (nueva época), enero-febrero 1981, págs. 147-148.

filosofía, cuando sostiene que ha «elaborado una ontología no eleática como Einstein ha creado una física no arquimédica y no euclidiana», o cuando asevera que ha echado «las bases de toda una sociología absolutamente nueva» (12).

Más allá de sus inflexiones elitistas o de su afán por europeizarnos, Ortega cumplió una apreciable función en la Argentina, su segunda patria intelectual, donde recibió una acogida análoga o superior a la que tuvo en su misma nación.

Y si bien la Argentina representó mucho para Ortega, tampoco resultó irrelevante el significado de Ortega para la Argentina.

Allí no sólo impulsó nuevas corrientes reflexivas, incidiendo también con su pensamiento propio, sino que además aportó polémicas caracterizaciones en torno a la idiosincrasia del hombre y la mujer de esta tierra.

En definitiva, debe hablarse, más que en muchos otros casos similares, de una doble perspectiva analítica: la de Ortega *en* la Argentina y la de la Argentina *de* Ortega. A esta última cuestión procuraremos referirnos oportunamente.

---

(12) *Sobre la razón histórica*, ed. cit., págs. 91, 119 y 220.